

Viaje apostólico de Su Santidad Francisco a Mozambique, Madagascar y Mauricio
(4-10 de septiembre de 2019)

**Visita al centro DREAM
de la Comunidad de Sant'Egidio de Maputo-Zimpeto (Mozambique)
6 de septiembre de 2019**

Saludo del papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas

Gracias de todo corazón por la cálida y fraterna acogida, y también por las palabras de Cacilda. Gracias por tu vida y tu testimonio, expresión de que este Centro sanitario polivalente "Sant'Egidio" de Zimpeto es manifestación del amor de Dios, siempre dispuesto a insuflar vida y esperanza allí donde abundan la muerte y el sufrimiento.

Saludo cordialmente a las autoridades, a los operadores sanitarios, a los enfermos con sus familias y a todos los presentes. Viendo la competencia, profesionalidad y amor con los que curan y acogen a tantos enfermos, concretamente personas con sida/VIH, sobre todo mujeres y niños, me viene a la mente la parábola del Buen Samaritano.

Todos los que han pasado por aquí, todos los que llegan desesperados y angustiados son como aquel hombre abandonado a un lado del camino. Y ustedes, aquí, no han dado un rodeo, no han seguido por su camino como hicieron otros (el levita y el sacerdote). Este Centro nos demuestra que alguien se paró y sintió compasión, que alguien no ha cedido a la tentación de decir 'no se puede hacer nada', 'es imposible combatir esta plaga' y con valentía ha empezado a buscar soluciones. Ustedes, como ha dicho Cacilda, han escuchado aquel grito silencioso, casi imperceptible, de muchas mujeres, de muchas personas que vivían en la vergüenza, marginadas, juzgadas por todos. Por eso han ampliado esta casa —donde el Señor vive con quienes están a un lado del camino— a los enfermos de cáncer, de tuberculosis y a cientos de personas con malnutrición, especialmente niños y jóvenes.

De ese modo todas las personas que, a distintos niveles, forman parte de esta comunidad sanitaria son una expresión del Corazón de Jesús, para que nadie piense "que su grito se ha perdido en el vacío. [...] [Son] un signo de cercanía para cuantos pasan necesidad, para que sientan la presencia activa de un hermano o una hermana. Lo que no necesitan los pobres es un acto de delegación, sino el compromiso personal de aquellos que escuchan su clamor. La solicitud de los creyentes no puede limitarse a una forma de asistencia —que es necesaria y providencial en un primer momento—, sino que exige esa «atención amante», que honra al otro como persona y busca su bien" (Mensaje para la II Jornada mundial de los pobres, 18 de noviembre de 2018, nº 3). Escuchar este grito les ha llevado a entender que el tratamiento médico, si bien es necesario, no era suficiente; por eso han abordado el problema en toda su integridad, para dar dignidad a las mujeres y a los niños, ayudándoles a planificar un futuro mejor.

En este inmenso campo, que se ha ido abriendo ante ustedes gracias al continuo escuchar, también han sentido sus límites: la falta de medios de todo tipo. El programa, que han creado y les ha conectado con otros lugares del mundo, es un ejemplo de humildad porque han

reconocido sus límites, y de creatividad por el trabajo hecho en red. "A menudo, la colaboración con otras iniciativas, que no están motivadas por la fe sino por la solidaridad humana, nos permite brindar una ayuda que solos no podríamos realizar. Reconocer que, en el inmenso mundo de la pobreza, nuestra intervención es también limitada, débil e insuficiente, nos lleva a tender la mano a los demás, de modo que la colaboración mutua pueda lograr su objetivo con más eficacia. Nos mueve la fe y el imperativo de la caridad, aunque sabemos reconocer otras formas de ayuda y de solidaridad que, en parte, se fijan los mismos objetivos [...]. Una respuesta adecuada y plenamente evangélica que podemos dar es el diálogo entre las diversas experiencias y la humildad en el prestar nuestra colaboración sin ningún tipo de protagonismo" (ibid., nº 7). El trabajo gratuito y voluntario de muchas personas de distintas profesiones –dermatología, medicina interna, neurología y radiología, entre otras; más de cinco mil personas entre médicos, enfermeros, biólogos, coordinadores y técnicos–, que desde hace varios años, mediante telemedicina, han aportado una valiosa colaboración para formara a operadores locales, tiene en sí mismo un enorme valor humano y evangélico.

Al mismo tiempo, es maravilloso ver que esta escucha a los más débiles de los pobres, los enfermos, nos pone en contacto con otra parte frágil del mundo: pienso en "los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,22)" (Enc. Laudato si', 2). Tal como enseñan las esculturas de arte makonde –las llamadas ujamaa ("familia ampliada", en suajili, o "árbol de la vida") con varias figuras agarradas unas a otras en las que prevalece la unidad y la solidaridad por encima del individuo–, tenemos que darnos cuenta de que formamos parte, todos, de un mismo tronco. Ustedes han sido capaces de entenderlo y esa escucha les ha llevado a buscar medios sostenibles de energía, así como de recogida y almacenamiento de agua; sus opciones de bajo impacto medioambiental son un modelo virtuoso, un ejemplo a seguir en vista de la urgencia que plantea el deterioro del planeta.

El texto del Buen Samaritano termina con el herido que es acompañado a la posada, con parte del pago entregado al posadero y la promesa de pagar el resto a la vuelta. Mujeres como Cacilda, los casi cien mil niños que pueden escribir una nueva página de historia sin el VIH/sida y muchas otras personas anónimas que hoy sonríen porque con dignidad les han curado su dignidad, forman parte del pago que el Señor les ha dejado: presencias-don, que, saliendo de la pesadilla de la enfermedad, sin esconder su situación, transmiten esperanza a muchas personas: con aquel "yo sueño" contagian a muchos que necesitan ser recogidos del lado del camino. El Señor les dará la otra parte "cuando vuelva", y eso debe llenarles de alegría: cuando nosotros nos vayamos, cuando ustedes vuelvan a sus quehaceres diarios, cuando nadie les aplauda ni les alabe, sigan acogiendo a los que vienen, vayan a buscar a los heridos y a los derrotados de las periferias... No olvidemos que sus nombres, que están escritos en el cielo, tienen una inscripción al lado: estos son los benditos de mi Padre. Renueven los esfuerzos para que aquí se siga "dando a luz" la esperanza.

Que Dios les bendiga a ustedes, queridos enfermos y familiares, y a quienes les cuidan con tanto cariño y les animan a ir hacia delante.